

En cuanto á esta... á su tiempo veremos lo que sucedió.

Bástenos por ahora decir que rompió sus relaciones con el gobernador Diego de Velazquez.

Poco ántes de darse á la vela Pánfilo de Narvaez, llegó de España á Santiago de Cuba un hombre que habia acompañado á Montejo en su viaje á la Península. Este hombre era un fiel servidor de Diego de Velazquez, y acompañó á Saucedo cuando este fletó un buque para ir por cuenta propia en busca de Hernan Cortés.

Martin, que así le llamaremos, habia hecho mucho daño al enemigo de Velazquez.

Habia visto á su esposa en Medellin, y habia cometido al hablarle algunas indiscreciones.

Pero ya volveremos á ocuparnos de este episodio y de algunos otros que hemos dejado pendientes.

Tiempo es ya de volver nuestros ojos á Hernan Cortés y sus soldados.

CAPITULO LXXX.

Donde se ve cómo Cortés se prepara á quemar las naves.



HEJAMOS á los audaces conquistadores de México viéndose partir con pena al capitán Francisco Montejo y á su camarada Alonso Hernandez Portocarrero, y á unos cuantos españoles encargados de tripular el buque.

A pesar de los triunfos que hasta entónces habian conseguido, la envidia que se despertó en su alma al ver que otros más felices que ellos iban á volver á la madre patria, los desanimó en alto grado y los predispuso para seguir una vez más las malévolas indicaciones de los amigos de Velazquez que acompañaban á Hernan Cortés.

—¡Dios sabe si Montejo cumplirá el encargo que le han dado! decian algunos de éstos.

—Lo más probable, añadian otros, es que se guarden él y sus compañeros el oro y las joyas que llevan, que lleguen á algun puerto de Italia, que truequen por monedas su tesoro, y que repartiéndose el producto de la venta, pasen el resto de sus dias regaladamente.

El descontento se apoderó de los ánimos.

Los más adictos á Velazquez creyeron que aquella era una ocasion muy oportuna para prestarle un señalado servicio, y comenzaron á tramar una conjuracion.

Al principio combinaron el plan Ordaz y Velazquez de Leon.

—Sin duda alguna, se dijeron, Moctezuma se dispone á salir á nuestro encuentro para derrotarnos.

—Antes que sufrir este descalabro, para evitarle debemos renunciar á una conquista imposible, apoderarnos de los buques y regresar á Santiago de Cuba.

—Si los soldados nos siguen, nada más fácil que obligar á Hernán Cortés á tomar esta determinación.

—Serán inútiles cuantos esfuerzos hagamos á este fin. Yo, por mi parte, prescindiría de Hernán Cortés y de los que quieren quedarse á su lado. Lo que conviene es reunir el mayor número posible de adhesiones á nuestro plan, tenerlo todo preparado, apoderarnos de los buques que necesitamos, dejar uno ó dos para los que se queden, y partir sin despertar siquiera la más leve sospecha en nuestro jefe.

Con cautela fueron ganando voluntades, y cuando ya estaban comprometidos en la conjuración unos ciento, señalaron el día en que debían verificar aquel acto de insubordinación, á cuyo fin hicieron con el mayor sigilo todos los preparativos para darse á la vela.

Debían salir al puerto al amanecer.

Algunas horas antes los cien conjurados hablarían cada cual á uno ó dos de sus compañeros y los arrastrarían, para que cuando se apercibiera Hernán Cortés de la conspiración careciese de los medios necesarios para evitarla.

Hernán Cortés, y los hombres que le eran leales ni se apercibieron de lo que pasaba.

Los conjurados, temerosos de que sus compañeros no les siguiesen y los denunciaran, desobedecieron las órdenes de los jefes de la conjuración, y en la noche que precedió al día en que debían darse á la vela, en vez de perder el tiempo catequizando á sus camaradas, se dirigieron á bordo del navío con cuyo piloto contaban.

Uno de los conjurados, llamado Bernadino de Coria se arrepintió.

No fué él el único de los que faltaron á su palabra.

Pero no satisfecho con renunciar á cometer un acto tan flagrante de deslealtad, verdaderamente contrito, creyó de su deber anunciar á Hernán Cortés lo que pasaba.

Serían las nueve de la noche cuando llegó á la tienda del caudillo.

Conducido á su presencia:

—Necesito hablaros á solas, le dijo.

Hernán Cortés dispuso que se retirasen las personas que le acompañaban.

Apénas estuvieron sin testigos, Bernardino de Coria cayó á los pies del capitán.

—Perdonadme, señor, le dijo; por un momento he sido criminal y merezco vuestro castigo. Pero mi arrepentimiento es grande, y aunque me someto al fallo de vuestra justicia, necesito deciros lo que pasa.

Hernán Cortés no pudo ménos de asombrarse, en presencia de la actitud de aquel hombre.

—Habla, exclamó; ¿qué ocurre?

—En este instante están embarcándose gran número de soldados, que aprovechándose de vuestra ignorancia en sus palanques, se proponen abandonar mañana para volver á Santiago de Cuba.

—Eso no puede ser.

—Os lo juro.

—¿Cómo lo sabéis?

—Yo he sido uno de los que cedieron á las insinuaciones de los que han tramado la intriga. Pero en el momento de ir á embarcarme, he comprendido la infamia que iba á cometer, y he venido á deciros lo que pasa, entregándome á discreción para que me impongais el castigo que merezca.

Ordaz y Velázquez de León tuvieron buen cuidado de no aparecer como jefes de la conjuración.

Así es que Bernardino de Coria y algunos otros atribuían

la iniciativa de aquel acto, en primer lugar al licenciado Juan Diaz, y despues á dos soldados que en otras ocasiones habian manifestado grandes deseos de regresar á Cuba, y al piloto del navío en donde habian empezado á embarcarse los conjurados.

No bien oyó la delacion Hernan Cortés, mandó llamar á los capitanes, y dispuso que fueran sorprendidos y capturados los que tan criminal tentativa iban á llevar á cabo.

No queriendo privarse del concurso de sus capitanes, y por otra parte deseoso de evitar á sus soldados el espectáculo del castigo de un sacerdote, hizo caso omiso de la culpabilidad que recaia sobre el licenciado Juan Diaz y los capitanes amigos de Velazquez.

Pero necesitaba dar un ejemplar castigo, y como siempre, pagaron los más débiles.

Sorprendidos los sediciosos, fueron aprisionados y sujetos al fallo de un tribunal que nombró inmediatamente Hernan Cortés para que sustanciase la causa.

Los dos soldados instigadores fueron condenados á muerte.

El piloto del navío que debia realizar los proyectos de los conjurados, fué condenado á una pena cruel.

Hernan Cortés ordenó que le cortasen un pié.

Sofocada de aquel modo la rebelion, mandó que al dia siguiente se ejecutase la sentencia.

Los dos soldados murieron en la horca.

El piloto sufrió la mutilacion.

Inmenso fué el pesar que experimentó Hernan Cortés.

Pero para sacar á salvo su prestigio, necesitaba emplear aquellas bárbaras medidas.

No quiso presenciar la ejecucion, y mientras que en Veracruz tenia lugar el suplicio de aquellos desgraciados, se dirigió á Zempoala.

Algunos capitanes quisieron acompañarle.

Marina misma, que leia en sus ojos la tristeza de su alma, quiso ir en su compañía para destruir su pena.

Hernan Cortés prefirió la soledad.

En efecto; necesitaba verse aislado para abarcar por completo su situacion, medir los peligros que le rodeaban, y buscar una solucion al problema de su porvenir.

Partió solo por el camino que conducia á Zempoala, y al mismo tiempo que avanzaba á través de los bosques, meditaba sobre su presente y sobre su porvenir.

—No hay duda, se decia; las cosas han llegado á tal extremo, que Moctezuma intentará darme una batalla para ver si consigo vencerme.

Yo no puedo rechazar el reto, porque de esa primera lucha depende la conquista de este imperio.

La Providencia me ha favorecido, y los enemigos de Moctezuma pueden auxiliar fácilmente mis propósitos.

Tengo fe y confianza en mis fuerzas.

Pero, ¿qué es un hombre solo, si pierde ante sus soldados el prestigio?

Qué están cansados, que desean volver atrás, que les importa poco abandonarme, pruébanlo las repetidas tentativas que han hecho para huir de mi lado.

Y sin embargo, yo no debo, no puedo consentir que en esta situacion, estando á punto de realizar mis esperanzas, me falte su concurso.

Como general podria buscar infinitos medios de defensa, utilizando los muchos que me proporcionan los enemigos de Moctezuma; podria, para sacar partido de mi pequeño ejército, fundar poblaciones, fortificarlas.

Pero ¿qué es esto? La lucha que yo debo sostener aquí no

debe parecerse á ninguna otra. La fe es la que ha de darme el triunfo; si no combatimos con fe, nuestra derrota es segura.

¿Qué haré yo para levantar el espíritu de mis soldados? ¿Qué estímulo emplearé para obligarles á avanzar?

Y dominado por este deseo, pidió á su imaginacion una idea salvadora sin encontrarla.

—¡Ah! exclamaba. A estas horas me llamarán cruel mis soldados, porque ven perecer á sus compañeros.

Era necesario un castigo ejemplar.

No hay que ceder á la piedad.

La lástima debilita las fuerzas del soldado.

¡Si yo encontrase un medio de aparecer á sus ojos grande, heróico! ¡Si pudiera hacerles olvidar con algun acto sublime el horror de que estará poseida su alma despues de haber visto perecer á sus compañeros!...

Permaneció estático algun tiempo.

De pronto se animó su fisonomía.

Brilló en sus ojos el fuego de la inspiracion.

—Sí, sí, exclamó; debo llevar á cabo etse pensamiento; es mi única salvacion; puede ser mi mayor timbre de gloria.

Y volviéndose al campamento, llegó cuando las sombras de la noche ocultaban á los despavoridos indios los flotantes cadáveres de los ajusticiados.

CAPITULO LXXXI.

El amor y el peligro.



o quiso ver á nadie aquella noche Hernan Cortés

Hasta con Marina se mostró reservado y desdeñoso.

Muy temprano se retiró á su lecho.

Su sueño fué agitado.

Una hora escasa dormiria.

La lucha que sostenia su espíritu le despertó, y no le dejó volver á conciliar el sueño.

El acto que iba á ejecutar era en extremo arriesgado.

Iba á jugar el todo por el todo.

Marina, que habia leído en sus ojos la agitacion de su espíritu no durmió tampoco.

Le amaba demasiado para no preocuparse vivamente de su situacion.

A las altas horas de la noche entró en la habitacion del caudillo.

—Sufres, Hernan, le dijo, y yo no puedo vivir tranquila mientras tú padeces. Habla, que yo sea como siempre digna depositaria de tu confianza, que yo endulce tu pena, que yo sufra contigo si es preciso sufrir.

—Marina, exclamó Hernan Cortés, no sé qué tienes para mí; pero solo tu vista reanima mi espíritu, y renueva mi fe.

Sufro, sí, ¿para qué ocultarlo? Sufro porque he soñado la gloria de conquistar el imperio de México, y quiero á toda costa realizar ese sueño.

Pero ¿qué es la voluntad de un hombre solo, por heroísmo que sienta en su alma? ¿Qué puedo hacer si mis soldados me abandonan?

—Después de lo que ha sucedido están aterrorizados.

—Lo comprendo; pero no tenía más remedio que castigar á los culpables, y he obedecido á una imperiosa necesidad.

—Hoy los dominas por el terror.

—Por el prestigio querria dominarlos. ¿Tú me amas, no es verdad?

—¿Puedes dudarlo, Hernan? Lo que yo siento hacia tí no es amor, es algo más; es una idolatría.

No sé que influencia ejerces sobre mí; pero sí que solo siendo tu esclava, puedo ser dichosa.

—¿Crees tu posible, repuso Hernan Cortés, que despertado de nuevo en mis soldados el espíritu guerrero que les ha animado hasta ahora, podrá llegar á México y apoderarme de la ciudad? ¿Crees tú que los amigos de Moctezuma me ayudarán en esta empresa?

—Mi corazón me dice que has nacido para ser rey de toda mi raza.

—No te engañan las ilusiones.

—Es un presentimiento.

—Pues bien; no vacilo más: cúmplase mi suerte. ¿Estás dispuesta á ayudarme como hasta ahora?

—Y á morir por tí si es preciso.

—Pues bien, prosiguió el caudillo; mañana no tendrán mis soldados más remedio que seguirme. Yo avanzaré hasta encontrarme frente á frente del ejército de Moctezuma.

Empieza á amanecer. No me fio de ninguno de los capitanes que salieron conmigo de Santiago de Cuba.

—No me fio tampoco de Saucedo; pero no sé por qué mi inspira simpatías y confianza Luis María, ese jóven que acaba de llegar con Saucedo, y que tanto afecto me ha demostrado.

—Ese será leal.

—Pues bien; haz que le llamen, que venga en seguida. Quiero hablarle, y muy pronto sabrás cuál es mi resolución.

—Marina obedeció.

—Poco después se presentó Luis María á Hernan Cortés, y éste, después de hablarle al alma, después de convencerse de su adhesión y de su energía para cumplir sus órdenes, le comunicó su pensamiento.

Luis María buscó á los pilotos y marineros que cuidaban de los navíos que habia en el puerto.

Con dádivas y amenazas logró ponerse de su parte.

Los pilotos y los marineros obedecieron al pié de la letra las instrucciones que habian recibido.

Hernan Cortés abandonó su palacio.

El sentimiento religioso latia en su pecho.

La fe iluminaba su alma.

La sangre ardia en sus venas.

La ambición de gloria le avasallaba.

Inmediatamente mandó que su ejército se reuniese en la playa.

Una vez formado delante de los navíos, partió solo en un bote á recorrer las embarcaciones.

Los capitanes y los soldados observaban con creciente interés sus movimientos.

Después de reunir en una carabela á los pilotos y de hablarles, volvió á la playa.

Un instante después los esquifes de sus embarcaciones se acercaron á la orilla con velámen y aparejos de los buques.

—¿Qué significa esto? preguntaron los más osados.

—Esperad, respondió Hernan Cortés.

La ansiedad era inmensa.

Las once naves que habia en el puerto comenzaron á sumergirse en el agua.

—¡Hablad.... hablad! gritaron todos. ¿Qué significa eso?

—Eso significa, respondió Cortés, que he mandado barrenar las naves, que muy en breve se habrán sumido en el abismo; que no podeis huir, y no os queda otro remedio que triunfar ó morir. (D)

Al asombro sucedió la admiración.

Cortés les pareció un hombre sobrenatural.

—Guadnos al combate, gritaron todos.

Y con aquel sublime acto de heroico valor, continuó con nuevo brío la conquista del vasto imperio de México.



Hernan Cortés manda barrenar las naves.